

Introducción

En rigor, no proviene de mi observación el historial clínico y terapéutico que en las páginas siguientes se expone, de un paciente en extremo joven. Es cierto que he orientado el plan de tratamiento en su conjunto, y hasta intervine personalmente una vez en una plática con el niño; pero el tratamiento mismo fue llevado a cabo por el padre del pequeño, a quien debo agradecer formalmente por haberme confiado sus notas a los fines de la publicación. Pero el mérito del padre no termina ahí. Creo que ninguna otra persona habría conseguido del niño tales confesiones; imposible de sustituir el conocimiento de causa en virtud del cual el padre supo interpretar las exteriorizaciones de su hijo de 5 años. De otro modo habrían sido insuperables las dificultades técnicas de un psicoanálisis a tan temprana edad. Sólo la reunión en una sola persona de la autoridad paterna con la médica, la conjunción del interés tierno con el científico, posibilitaron en este único caso obtener del método una aplicación para la cual de ordinario habría sido inapropiado. (ver nota)(1)

En cuanto al valor particular de esta observación, reside en lo siguiente: el médico que trata psicoanalíticamente a un neurótico adulto llega al fin, en virtud de su trabajo de descubrir estrato por estrato unas formaciones psíquicas, a ciertos supuestos acerca de la sexualidad infantil, en cuyos componentes cree haber hallado las fuerzas pulsionales de todos los síntomas neuróticos de la vida posterior. Presenté esos supuestos en mis *Tres ensayos de teoría sexual [1905d]*, publicados en 1905; sé que parecen tan sorprendentes a los extraños como irrefutables a los psicoanalistas. Pero también estos tienen derecho a confesarse su deseo de obtener por un camino más directo una prueba de aquellas tesis fundamentales. ¿Será acaso imposible averiguar inmediatamente en el niño, en toda su frescura vital, aquellas mociones sexuales y formaciones de deseo que en el adulto exhumamos con tanto trabajo de sus enterramientos, y acerca de las cuales, además, aseveramos que son patrimonio constitucional común a todos los seres humanos y en el neurótico no hacen sino mostrarse reforzadas o deformadas?

Con ese propósito suelo yo, desde hace años, instar a mis discípulos y amigos para que compilen observaciones sobre esa vida sexual de los niños que las más de las veces se pasa hábilmente por alto o se desmiente adrede. Entre el material que en virtud de esa exhortación ha llegado a mis manos, las noticias que a continuación daré sobre el pequeño Hans ocuparán pronto un puesto sobresaliente. Sus padres, que se contaban ambos entre mis más cercanos partidarios, habían acordado no educar a su primer hijo con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres; y como el niño se iba convirtiendo en un muchacho alegre, despierto y de buena índole, prosiguió con toda felicidad ese ensayo de dejarlo crecer y manifestarse sin amedrentamiento. En lo que sigue reproduciré las anotaciones del padre sobre el pequeño Hans tal como me fueron comunicadas, absteniéndome desde luego de todo intento de turbar, mediante unas desfiguraciones convencionales, la ingenuidad y la sinceridad infantiles.

Las primeras comunicaciones sobre Hans datan del tiempo en que aún no había cumplido tres años. A través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba ya entonces un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como «hace-pipí» {«Wiwi-macher»}.

Así, cierta vez hizo esta pregunta a su madre:

Hans: «Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Mamá: «Desde luego. ¿Por qué?».

Hans: «Por nada; se me ocurrió».

A la misma edad lo llevan por primera vez a un establo y ve ordeñar a una vaca: «¡Mira, del hace-pipí sale leche!».

Ya estas primeras observaciones nos despiertan la expectativa de que mucho, si no lo más, de cuanto el pequeño Hans nos muestra ha de ser típico del desarrollo sexual del niño. En una ocasión consigné(2) que no hay que espantarse demasiado si en una mujer se encuentra la representación de mamar del miembro masculino. Esta chocante moción -decía- tiene un origen muy inocente, pues se deriva del mamar del pecho materno, para lo cual la teta de la vaca -una mama por su naturaleza, pero un pene por su forma y situación- asume una mediación conveniente. El descubrimiento del pequeño Hans corrobora la primera parte de mi tesis.

Su interés por el hace-pipí no es, sin embargo, meramente teórico; como cabía conjeturar, ese interés lo estimula también a tocarse el miembro. A la edad de 3 1/2 años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?». *Hans*: «Con la cola {Popo}».

El responde todavía sin conciencia de culpa, pero es la ocasión en que adquiere el «complejo de castración» que uno con tanta frecuencia se ve precisado a inferir en los análisis de neuróticos, aunque todos ellos muestren fuerte renuencia a admitirlo. Acerca del significado de este elemento del historial del niño, mucho habría para decir. El «complejo de castración» ha dejado notables huellas en los mitos (y, por cierto, no sólo en los mitos griegos); me he referido a su papel en un pasaje de *La interpretación de los sueños*(3) y en otros textos. (ver nota)(4)

Más o menos a la misma edad (3 1/2 años), exclama, alegremente excitado, ante la jaula del león en Schönbrunn(5): «¡He visto el hace-pipí del león!».

Los animales deben buena parte de la significación que poseen en el mito y en el cuento tradicional a la franqueza con que muestran sus genitales y sus funciones sexuales ante la criatura dominada por el apetito de saber. La curiosidad sexual de nuestro Hans no admite ninguna duda; pero ella lo convierte en investigador, le permite unos correctos discernimientos conceptuales.

En la estación ferroviaria, a los 33/4 años, ve cómo de una locomotora largan agua. «¡Mira, la locomotora hace pipí! ¿Y dónde tiene el hace-pipí?».

Al rato agrega, reflexivo: «Un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y un sillón, no». Así ha conquistado un signo esencial para distinguir entre un ser vivo y una cosa inanimada.

Apetito de saber y curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí. La curiosidad de

Hans se extiende muy en particular a sus padres.

Hans, a los 3 3/4 años: «Papá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Padre: «Sí, naturalmente».

Hans: «Pero si nunca te lo he visto cuando te desvestías».

Otra vez, tenso, ve cómo su madre se desviste para meterse en cama. Ella pregunta: «Pues, ¿por qué miras así?».

Hans: «Sólo para ver si tú también tienes en hace-pipí».

Mamá: «Naturalmente. ¿No lo sabías?».

Hans: «No; pensé que como eres tan grande tendrías un hace-pipí como el de un caballo».

Reparemos en esta expectativa del pequeño Hans; más tarde cobrará significatividad.

El gran acontecimiento en la vida de Hans es, empero, el nacimiento de su hermanita Hanna, que se produjo cuando él tenía exactamente 3½ años. (ver nota)(6) Su comportamiento en esa ocasión fue anotado enseguida por su padre:

A las 5 de la mañana, cuando empezó el trabajo de parto la cama de Hans fue llevada a la habitación contigua, 11 despierta a las 7, y escucha el gemir de la parturienta, sobre lo cual pregunta: «¿Por qué tose mamá?». Y después de una pausa añade: «Es seguro que hoy viene la cigüeña».

En los últimos días, desde luego, se le ha dicho a menudo que la cigüeña traería una nena o un varoncito, y con todo acierto él conecta el desacostumbrado gemir con la llegada de la cigüeña.

Más tarde lo llevan a la cocina; ve la maleta del médico en el vestíbulo y pregunta: «¿Qué es esto?», a lo cual se le responde: «Una maleta». Y él entonces, con convicción: «Hoy viene la cigüeña». Tras el alumbramiento, la partera se llega hasta la cocina y Hans oye cómo ordena que preparen un té, ante lo cual él dice: «Ajá; porque mami tiene tos le dan un té». Luego lo llaman al dormitorio, pero no mira a la mamá, sino a los recipientes con agua sanguinolenta que aún están allí, y observa, extrañado, señalando la bacinilla llena de sangre: «Pero... de mi hace-pipí no sale nada de sangre».

Todas sus sentencias muestran que él relaciona lo insólito de la situación con la llegada de la cigüeña. Pone un gesto tenso, muy desconfiado, frente a todo lo que ve, y sin *duda se ha afianzado en él la primera desconfianza hacia la cigüeña*.

Hans se muestra muy celoso con la recién venida, y cuando alguien la alaba, la encuentra linda, etc., dice enseguida, burlón: «Pero si todavía no tiene dientes». (ver nota)(7) En efecto, cuando la vio por primera vez quedó muy sorprendido de que no pudiera hablar, y opinó que no podía hacerlo porque no tenía dientes. Los primeros días, como es lógico, quedó muy relegado, y de pronto contrajo una angina. En medio de la fiebre se le oyó decir: «¡Pero si yo no quiero tener ninguna hermanita!».

Pasado medio año, más o menos, quedaron superados los celos, y él se vuelve un hermano tan tierno como conciente de su superioridad. (ver nota)(8)

Un poco después, Hans presencia el baño de su hermanita de una semana de edad. Observa: «Pero ... su hace-pipí es todavía chico», tras lo cual agrega, como a modo de consuelo: «Ya cuando crezca se le hará más grande ». (ver nota)(9)

Más o menos a la misma edad, de 33/4 años, Hans brinda el primer relato de un sueño. «Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden(10) con Mariedl». Mariedl es la hija del propietario de la casa; tiene 13 años y ha jugado a menudo con él.

Cuando el padre le cuenta a la madre su sueño en presencia de él, Hans le observa, rectificándolo: «No con Mariedl; yo totalmente solo con Mariedl».

Con respecto a esto último, cabe hacer aquí la siguiente puntualización:

En el verano de 1906 Hans estuvo en Gmunden, donde pasaba el día correteando con los hijos del propietario de la casa. Cuando partimos de allí, creímos que la despedida y la mudanza a la ciudad le resultarían penosas. Para nuestra sorpresa, no fue así. El cambio lo alegró de manera evidente, y durante muchas semanas contó muy poco acerca de Gmunden. Sólo pasado ese tiempo le añoraron recuerdos, a menudo vivamente coloreados, sobre su estancia en Gmunden. Desde hace unas cuatro semanas, procesa esos recuerdos en fantasías. Fantasea que juega con los niños Berta, Olga y Fritzl, habla con ellos como si estuvieran presentes, y es capaz de entretenerse así durante horas. Ahora que tiene una hermana y a todas luces le da quehacer el problema del origen de los hijos, llama a Berta y Olga «sus hijas», y en alguna ocasión ha agregado: «También a mis hijas, Berta y Olga, las trajo la cigüeña». Ahora que lleva seis meses ausente, su sueño evidentemente debe comprenderse como una expresión de su añoranza de Gmunden.

Hasta aquí el padre. Señalo, por anticipado, que con su última exteriorización sobre sus hijos -que los trajo la cigüeña- Hans contradice en voz alta una duda que alberga en su interior.

Por suerte, el padre ha anotado muchas cosas que estarían destinadas a adquirir luego un insospechado valor.

Dibujo para Hans, que en el último tiempo ha visitado con asiduidad Schonbrunn, una jirafa. Me dice: «Dibújale también el hace-pipí». Le respondo: «Dibújalo tú mismo». Entonces él agrega a la figura de la jirafa la siguiente raya (se la observa en la figura 1), (ver nota)(11) que primero traza corta y después le agrega un tramo, señalando: «El hace-pipí es más largo». Paso con Hans junto a un caballo que orina. Dice: «El caballo tiene el hace-pipí abajo, como yo».

Ve cómo bañan a su hermana de tres meses, y dice, conmisericordioso: «Tiene un hace-pipí muy, pero muy chico».

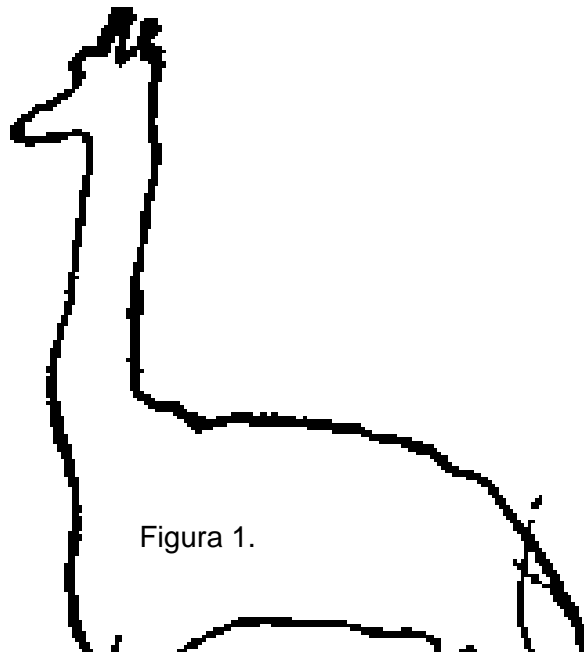


Figura 1.

Le dan, para que juegue, una muñeca, que él desviste. La mira cuidadosamente, y dice: «Pero si tiene un hace-pipí muy chiquito».

Ya sabemos que con esta fórmula le fue posible sustentar su descubrimiento [la diferencia entre lo vivo y lo inanimado].

Todo investigador corre el riesgo de cometer ocasionalmente errores. No deja de ser un consuelo que él, como lo hace nuestro Hans en el ejemplo siguiente, no sólo yerre, sino que pueda invocar el uso del lenguaje como disculpa. Y es que en su libro ilustrado ve a un mono y señala su rabo(12) enroscado hacia arriba: «Mira, papi, el hace-pipí». En su interés por el hace-pipí, ha concebido un juego muy particular.

En el vestíbulo está el retrete, y hay un oscuro gabinete para la leña. Desde hace algún tiempo Hans va al gabinete de la leña y dice: «Voy a mi baño». Cierta vez yo miro ahí para ver qué hace en el gabinete oscuro. Exhibe, y dice: «Yo hago pipí». Vale decir que «juega» al inodoro. El carácter de juego es ilustrado no sólo por el hecho de que simule hacer pipí, sin llevarlo a cabo realmente, sino de que no vaya al baño, lo cual sería en verdad mucho más sencillo, prefiriendo el gabinete de la leña, al que llama «su baño».

Haríamos injusticia a Hans si sólo persiguiéramos los rasgos autoeróticos de su vida sexual. Su padre tiene para comunicarnos unas detalladas observaciones sobre sus vínculos de amor con otros niños, de los que se desprende una «elección de objeto» como la del adulto. También, es cierto, una notabilísima movilidad y una propensión polígama.

En el invierno llevo a Hans (3 ¾ años) a la pista de patinaje y le presento a las dos hijitas de mi colega N., que tienen cerca de 10 años. Hans se les sienta al lado, y ellas, sintiéndose personas de más madura edad, miran despreciativas al caballereite; él las contempla lleno de veneración, lo que no les causa impresión alguna. No obstante, Hans sólo habla de ellas como de «mis niñas». «¿Dónde están mis niñas? ¿Cuándo vienen mis niñas?», y

durante algunas semanas me martiriza en casa con la pregunta: «¿Cuándo voy de nuevo a la pista de patinaje donde están mis niñitas?».

Un primo de Hans, de 5 años, está de visita cuando él tiene 4. Hans lo abraza continuamente y, a raíz de uno de estos abrazos tiernos, dice: «Te quiero mucho».

Es el primer rasgo de homosexualidad con que tropezaremos en Hans, pero no el último. ¡Nuestro pequeño Hans parece realmente un dechado de todas las perversidades!

Nos hemos instalado en una nueva vivienda. (Hans tiene 4 años.) De la cocina, la puerta lleva a una ventana balcón desde donde se ve un departamento interior., enfrente. Ahí, Hans ha descubierto a una niñita de 7 a 8 años. Para admirarla, se sienta ahora sobre el escalón que lleva al balcón, y así permanece horas. Sobre todo hacia las cuatro de la tarde, cuando la niñita regresa de la escuela, no se lo puede retener en su habitación ni disuadirlo de que ocupe su puesto de observación. Cierta vez que la niñita no se muestra en la ventana a la hora habitual, Hans se inquieta y cargosea a la gente de la casa con preguntas: «¿Cuándo vuelve la niñita? ¿Dónde está la niñita?», etc. Cuando luego aparece, se siente feliz y ya no aparta la mirada del departamento frontero. La vehemencia con -que emerge ese «amor a distancia(13)» halla su explicación en que Hans no tiene camaradas ni compañeritas de juego. Para su desarrollo normal, el niño requiere, es evidente, trato asiduo con otros niños.

Ese trato le es dado a Hans cuando poco después (4 ½ años(14)) nos trasladarnos a la residencia de verano en Gmunden. En nuestra casa, sus compañeros de juego son los hijos del propietario: Franzl (cerca de 12 años), Fritzl (8 años), Olga (7 años), Berta (5 años) y, además, los vecinitos Anna (10 años) e, incluso, otras dos niñitas de 9 y 7 años, de cuyos nombres ya no me acuerdo. Su preferido es Fritzl, a quien a menudo abraza y le asegura su amor. Una vez le preguntan: «¿Cuál de las nenitas te gusta más?». Y él responde: «Fritzl». Al mismo tiempo es muy agresivo, varonil, conquistador, hacia las niñas, las abraza y besuquea, cosa que a Berta en particular parece agradarle. Cierta vez que Berta sale de la habitación, él se le cuelga del cuello y le dice en el más tierno de los tonos: «Berta, eres amorosa», lo cual por lo demás no le impide besar también a las otras y asegurarles su amor. También le gusta Mariedl, de unos 14 años, igualmente hija del propietario, que juega con él; una noche, cuando lo llevan a acostarse, dice: «Que Mariedl duerma conmigo». Y a la respuesta «No puede ser», torna a decir: «Entonces que duerma con mami o con papi». Se le replica: «Tampoco puede ser; Mariedl tiene que dormir en casa de sus padres», y se desarrolla el siguiente diálogo:

Hans: «Entonces bajo a dormir con Mariedl».

Mamá: «¿Quieres realmente separarte de mami para dormir abajo?».

Hans: «No, mañana temprano volveré a subir para tomar el desayuno y quedarme por acá».

Mamá: «Si realmente quieres alejarte de papi y mami, toma tu casaca y tu pantalón y... ¡adiós!».

Hans toma realmente su ropa y se dirige hacia la escalera para irse a dormir con Mariedl; desde luego, es retenido.

(Tras el deseo «Que Mariedl duerma en casa» se esconde, naturalmente(15), este otro: «Que Mariedl» (con quien tanto le gusta estar) «sea integrada en nuestra comunidad

hogareña». Pero, sin duda, como el padre y la madre, si bien no con demasiada frecuencia, suelen tener a Hans en su cama, a raíz de este yacer juntos se han despertado en él sentimientos eróticos, y el deseo de dormir junto con Mariedl tiene también su sentido erótico. Yacer en la cama junto al padre y la madre es para Hans, como para todos los niños, una fuente de mociones eróticas.)

Nuestro pequeño Hans se comportó ante el desafío de la madre como un auténtico varón, a pesar de sus veleidades homosexuales.

También en el siguiente caso dijo Hans a su mami: «Escucha, me gustaría muchísimo dormir con la niña». Este caso nos da abundante ocasión para divertirnos, pues Hans se comporta aquí realmente como un grande enamorado. A la hostería donde almorzamos concurre desde hace unos días una linda nena de unos ocho años, de quien Hans, naturalmente, se enamoró enseguida. Gira de continuo el cuello en su silla para mirarla de reojo, después que ha comido se instala cerca para coquetear con ella, pero se ruboriza todo cuando uno se lo señala. Si la niña retribuye su mirada, él enseguida, avergonzado, dirige la suya al lado opuesto. Su comportamiento es, desde luego, una gran diversión para todos los clientes de la hostería. Cada día, cuando lo llevan allí, pregunta: «¿Crees que la niña estará hoy?». Cuando por fin ella llega, él se pone colorado como un adulto en un caso similar. Cierta vez se me acerca dichoso y me cuchichea: «Escucha, ya sé dónde vive la niña. En tal y tal lado la he visto cuando subía las escaleras». En tanto que se muestra agresivo con las niñas de la casa, es aquí un admirador que suspira platónicamente. Acaso se deba a que aquellas son niñas de aldea, mientras que esta es una dama cultivada. Ya se lo ha consignado: una vez dijo que le gustaría dormir con ella.

Como no quiero dejar a Hans con la tensión anímica en que lo ha puesto su amor por la niña, se la he presentado y la invité a venir por la tarde con él al jardín, después que él durmiera su siesta. Está Hans tan emocionado por la expectativa de que la niña vendrá a él que por primera vez no duerme la siesta, sino que se revuelve de un lado al otro en la cama. La mamá le pregunta: «¿Por qué no duermes? ¿Acaso piensas en la niña?», a lo cual, arrobado, responde: «Sí». Además, al volver de la hostería a casa ha contado a todo el mundo: «Escucha, hoy viene conmigo la niña», y Mariedl, de 14 años, informa que sin cesar ha preguntado:

«Escucha, ¿crees que ella me querrá? ¿Crees que me dará un beso sí yo la beso?», y cosas de ese tenor.

Pero a la tarde llueve, y así se suspende la visita, de lo cual Hans se consuela con Berta y Olga.

Otras observaciones, hechas también durante esa estadía veraniega, permiten conjeturar que en el pequeño se preparan toda clase de novedades.

Hans, 4 $\frac{1}{4}$ años. Hoy a la mañana, como todos los días, Hans es bañado por su mamá y, tras el baño, secado y entalcado. Cuando la mamá le entalca el pene, y por cierto con cuidado para no tocarlo, Hans dice: «¿Por qué no pasas el dedo ahí?».

Mamá: «Porque es una porquería».

Hans: «¿Qué es? ¿Una porquería? ¿Y por qué?».

Mamá: «Porque es indecente».

Hans (riendo): «¡Pero gusta!». (ver nota)(16)

Un sueño que nuestro Hans tuvo por la misma época contrasta de manera muy llamativa con el descaro que ha mostrado hacia su madre. Es su primer sueño que se ha vuelto irreconocible por desfiguración. Pero la perspicacia del padre consiguió solucionarlo.

Hans, 4¼ años. *Sueño*. Hoy a la mañana acude Hans y cuenta: «Escucha, hoy a la noche he pensado: "Uno dice: '¿Quién quiere venir conmigo?'. Entonces alguien dice: 'Yo'. Entonces tiene que hacerlo hacer pipí'».

Ulteriores preguntas dejan en claro que a este sueño le falta todo elemento visual, y pertenece al *type auditif* puro. Hans, desde hace algunos días, juega con los hijos del propietario de la casa, entre ellos sus amiguitas Olga (7 años) y Berta (5 años(17)), a diversos juegos de sociedad y de prendas. (A.: «¿De quién es la prenda que tengo yo?». B.: «Mía es». Entonces se determina lo que B. tiene que hacer.) El sueño imita a ese juego de prendas, sólo que Hans desea que quien extrajo la prenda no sea condenado a los usuales besos o bofetadas, sino a hacer-pipí; más precisamente: alguien tiene que hacerlo hacer pipí.

Me hago contar el sueño otra vez; lo relata con las mismas palabras, sólo que reemplaza «entonces alguien dice» por «entonces ella dice». Y «ella» es, evidentemente, Berta u Olga, con quienes ha jugado. El sueño reza, pues, traducido: «Yo juego con las niñas a las prendas. Yo pregunto: "¿Quién quiere venir conmigo?". Ella (Berta u Olga) responde: "Yo". Entonces ella tiene que hacerme hacer pipí». (Asistirlo al orinar, cosa que evidentemente le resulta grato a Hans.)

Es claro que el hacerlo hacer pipí, para lo cual al niño le abren los calzones y le sacan el pene, está para Hans teñido de placer. Cuando va de paseo es casi siempre el padre quien presta ese auxilio al niño, lo que da ocasión para que sobre el padre se fije una inclinación homosexual.

Como ya se informó, dos días antes preguntó a la mamá, cuando ella le lavaba y le entalcaba la zona genital: «¿Por qué no pasas el dedo?». Ayer, cuando lo hice ir al baño, me dijo por primera vez que debía conducirlo detrás de la casa para que nadie pudiera mirarlo, y agregó: «El año pasado, cuando he hecho pipí, Berta y Olga han mirado». Eso significa, creo, que el año pasado le era grato ese mirar de las niñas, pero ahora ya no lo es. El placer de exhibición sucumbe ahora a la represión. Como el deseo de que Berta y Olga lo miren hacer pipí (o lo hagan hacer pipí) es ahora reprimido {desalojado-suplantado} de su vida, he ahí la explicación para que se presente en el sueño, donde se ha procurado un lindo disfraz mediante el juego de prendas. - Desde entonces observo repetidas veces que no quiere ser visto cuando hace pipí.

Me limito a señalar que este sueño obedece además a la regla que he dado en *La interpretación de los sueños(18)*: dichos que aparecen en el sueño provienen de dichos escuchados o proferidos por uno mismo el día anterior.

De la época que siguió al regreso a Viena, el padre ha fijado aún esta observación:

Hans (4 ½ años) mira de nuevo cómo bañan a su hermanita, y empieza a reír. Se le pregunta: «¿Por qué ríes?». Contesta: «Me río del hace-pipí de Hanna». -«¿Por qué?». - «Porque el hace-pipí es muy bonito».

La respuesta es, naturalmente, falsa. El hace-pipí se le antoja cómico. Por otra parte, es la primera vez que admite de ese modo, en vez de desmentirla, la diferencia entre genital masculino y femenino.

Notas finales

1 (Ventana-emergente - Popup)

[La experiencia posterior le mostró a Freud que estos requisitos no eran indispensables. Al comienzo del historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918b), AE, 17, pág. 11, se hallarán algunas puntualizaciones sobre el valor teórico del tratamiento psicoanalítico de niños.]

2 (Ventana-emergente - Popup)

Véase mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905e) [AE, 7, pág. 471.]

3 (Ventana-emergente - Popup)

(1900a), AE, 5, pág. 606. La frase «complejo de castración» había sido utilizada por primera vez en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), AE, 9, pág. 193.

4 (Ventana-emergente - Popup)

(Nota agregada en 1923:) La doctrina del complejo de castración ha experimentado después un ulterior desarrollo por las contribuciones de Lou Andreas[-Salomé, 1916], A. Stärcke [1921], F. Alexander [1922] y otros. Se ha aducido que el lactante no puede menos que sentir cada retiro del pecho materno como una castración, vale decir, como pérdida de una parte sustantiva del cuerpo que él contaba en su posesión; tampoco apreciará diversamente la regular deposición de las heces, y hasta el acto mismo del nacimiento, como separación de la madre con quien se estaba unido hasta entonces, sería la imagen primordial de aquella castración. Aun admitiendo todas esas raíces del complejo, yo he planteado la demanda de que el nombre de «complejo de castración» se limite a las excitaciones y efectos enlazados con la pérdida del pene. Desde luego, quien haya podido convencerse, en los análisis de adultos, de lo infalible del complejo de castración, hallará difícil reconducirlo a una amenaza fortuita y que no en todos los casos puede producirse, y se verá precisado a suponer que el niño construye este peligro a partir de las más leves indicaciones, que nunca faltan. [Véase el examen de Freud sobre las «fantasías primordiales» en la 23^o de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), AE, 16, págs. 337-8, el historial del «Hombre de los Lobos» (1918b), AE, 17, págs. 48-57 y 87-9, y el del «Hombre de las Ratas» (1909d). Este es el motivo que llevó a buscar para el complejo raíces más profundas, que se presenten de manera universal. Por eso es tanto más valioso que en el caso del pequeño Hans los padres mismos informen sobre la amenaza de castración, formulada por cierto en un tiempo en que su fobia no estaba todavía en cuestión. [Cf. «El sepultamiento del complejo de Edipo» (Freud, 1924d), AE, 19, pág. 183.]

5 (Ventana-emergente - Popup)

[El palacio imperial en las afueras de Viena; en los jardines del palacio funcionaba un zoológico.]

6 (Ventana-emergente - Popup)

De abril de 1903 a octubre de 1906.

7 (Ventana-emergente - Popup)

También esta es una conducta típica. Otro varoncito, mayor que su hermanita sólo en dos años, solía defenderse en parecidas circunstancias con esta exclamación de enojo: «¡Demasiado chiquita, demasiado chiquita!».

8 (Ventana-emergente - Popup)

«Que la cigüeña se lo lleve de vuelta», manifestó otro niño, un poco mayor, a modo de bienvenida a su hermanito. Compárese al respecto lo que he puntualizado en *La interpretación de los sueños* (1900a) [AE, 4, págs. 258 y sigs.] sobre los sueños acerca de la muerte de deudos queridos.

9 (Ventana-emergente - Popup)

El mismo juicio expresado en idénticas palabras y regido por la misma expectativa, me ha sido comunicado sobre otros dos varoncitos en el momento en que por primera vez saciaron su curiosidad mirando el cuerpo de una hermanita. Uno podría asustarse por esta prematura corrupción del intelecto infantil. ¿Por qué estos jóvenes investigadores no comprueban lo que realmente ven, a saber, que no hay ahí ningún hace-pipí? Respecto de nuestro pequeño Hans, al menos, podemos dar el cabal esclarecimiento de su percepción errónea. Sabemos que mediante una cuidadosa inducción ha adquirido la tesis universal de que todo ser animado, por oposición a lo inanimado, posee un hace-pipí; la madre le ha corroborado esta convicción dándole informes afirmativos sobre las personas que se sustraían de su propia observación. Entonces, es totalmente incapaz de volver a abandonar su logro a causa de una sola observación hecha en la hermanita. juzga, pues, que el hace-pipí está presente también ahí, sólo que todavía es demasiado pequeño, pero le crecerá hasta devenir tan grande como el de un caballo.

Hagamos algo más para reivindicar a nuestro pequeño Hans. En verdad no se comporta peor que un filósofo de la escuela de Wundt. Para este, la conciencia es un carácter infaltable de lo anímico, como para Hans el hace-pipí es el signo distintivo indispensable de todo lo vivo. Ahora bien, si el filósofo se topa con procesos anímicos que uno se ve forzado a inferir, pero en los que no se percibe nada de conciencia -en efecto, uno no sabe nada de ellos y, sin embargo, no puede dejar de inferirlos-, no dirá, por ejemplo, que son procesos anímicos inconcientes, sino que los llamará *oscuramente* concientes. ¡Es que el hace-pipí es todavía muy chico! Y aun en esta comparación nuestro pequeño Hans lleva la ventaja. Así es: como tan a menudo sucede en las investigaciones sexuales de los niños, también aquí tras el error se esconde una pieza de discernimiento correcto. En verdad, también la niña posee un pequeño hace-pipí, que nosotros llamamos clítoris, si bien es cierto que no crece, sino que permanece atrofiado. (Cf. mi trabajo «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c) [y la sección titulada «La investigación sexual infantil» en el segundo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, págs. 176 y sigs.])

10 (Ventana-emergente - Popup)

Lugar de veraneo cercano a uno de los lagos de la Alta Austria. - Mariedl, Franzl, Fritzl y otros nombres similares son diminutivos cariñosos, típicos en Austria, para Marie, Franz, Fritz, etc.]

11 (Ventana-emergente - Popup)

[En todas las reimpressiones, en esta figura aparecía una inexplicable línea horizontal; el cotejo con la edición original del *Jahrbuch* permitió comprobar que en su extremo se encontraba la palabra «Wiwi-macher» {«hace-pipí»}. Es evidente que palabra y línea habían sido agregadas con carácter mostrativo, presumiblemente por el padre de Hans. Aquí se ha restaurado la leyenda faltante.]

12 (Ventana-emergente - Popup)

{«Schwanz», asimilado vulgarmente a «pene»}.

13 (Ventana-emergente - Popup)

«En suma, el amor a distancia / no me gusta nada» (Wilhelm Busch).

14 (Ventana-emergente - Popup)

[Errata por 4 ¼ años». Figura correctamente en la primera edición.]

15 (Ventana-emergente - Popup)

[Con posterioridad a la primera edición se omitió (tal vez por inadvertencia) «naturalmente». En las ediciones anteriores a 1924 todo este párrafo estaba encerrado entre corchetes. Por

ello, y porque las referencias a los padres de Hans se encuentran en tercera persona, los traductores de esta obra al inglés {Alix y James Strachey} infirieron en 1923 que el párrafo era un comentario de Freud. Sin embargo, consultado este, respondió en forma expresa que provenía del padre de Hans. A partir de 1924 los corchetes fueron remplazados por paréntesis.]

16 (Ventana-emergente - Popup)

Sobre un parecido intento de seducción de su hijita de 3½ años me informó una madre, una neurótica que no quería creer en la masturbación infantil. Le había hecho coser unos calzoncitos cortos y probaba si no le eran estrechos para caminar deslizándoselos hacia adelante con su mano aplicada sobre la superficie interna del muslo. La pequeña cerró de pronto las piernas sobre su mano y le pidió: «Mamá, deja la mano ahí; es tan lindo...».

17 (Ventana-emergente - Popup)

En las ediciones anteriores a 1924 se asignaba erróneamente 5 años a Olga y 7 a Berta.

18 (Ventana-emergente - Popup)

(1900a), AE, 5, pág. 419.